

## ANA MARÍA HOLZBACHER

### LAS CONFESIONES DE J.-J. ROUSSEAU: UNA OBRA ENTRE DOS GÉNEROS

Las *Confesiones* de Rousseau son una de esas obras a las que volvemos una y otra vez, porque nos seducen y nos intrigan.

No cabe duda que Rousseau logró en ellas lo que se proponía: hacer la pintura de un alma —de su alma profunda, paradójica, a veces turbia— y que nosotros nos asomamos a este pozo oscuro con vértigo y placer; pero esto no es todo, quizás nuestro interés por mirar su fondo se deba a que buscamos en él nuestra propia imagen, con lo que se cumpliría también el segundo propósito de Rousseau, que deseaba que el conocimiento de su alma nos sirviese como punto de referencia para conocer la nuestra. En el prólogo del manuscrito de Neuchâtel leemos:

*J'ai résolu de faire faire à mes lecteurs un pas de plus dans la connaissance des hommes, en les tirant s'il est possible de cette règle unique et fautive de juger toujours le coeur d'autrui par le sien. (...) Je veux tâcher que pour apprendre à apprécier on puisse avoir du moins une pièce de comparaison, que chacun puisse connaître soi et un autre, et cet autre ce sera moi.*

Puesto que el tema que nos interesa son los distintos géneros autobiográficos, hojearemos las *Confesiones*, con el pretexto de averiguar si el título que llevan les corresponden realmente, o si, como creemos, Rousseau partió de un proyecto que después modificó, creando así una obra entre dos géneros.

El editor Rey escribe a Rousseau en 1761:

*J'osé vous demander une chose que j'ambitionne depuis longtemps (...) ce serait votre vie que je placerais en tête de vos ouvrages.*

Pero en el libro X de las *Confesiones*, que refiere acontecimientos de 1759, Rousseau, al hacer proyectos para ocupar el tiempo cuando pueda realizar su propósito de abandonar París, nos dice:

*Pour prévenir dans ma retraite l'ennui dans lequel on dit que tombe l'auteur quand il a quitté sa plume, je me réservais une occupation.*

Y añade:

*Je ne sais pas par quelle fantaisie Rey me pressait depuis longtemps d'écrire les mémoires de ma vie. (Confessions, L. X, OEC, pág. 516)<sup>1</sup>.*

<sup>1</sup> J.-J. Rousseau, *Oeuvres complètes*, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1959-69, I, Confessions et autres textes autobiographiques.

Error de fechas, o acaso Rousseau se refiere a conversaciones o cartas anteriores. El detalle parece sin importancia, lo que sí la tiene es la manera como reacciona Rousseau ante la proposición del editor. En un primer momento, le debió parecer peregrina si no descabellada —«no sé qué fantasía», nos dice— y adivinamos sus escrúpulos: ¿cómo va a escribir sus memorias un hombre de condición humilde como él, que no ha intervenido en la Historia de su tiempo? ¿Sería como ponerse a la altura de un Commines o de un Cardenal de Retz! Pero tarda poco en encontrar para su obra un enfoque que le permita aceptar esta proposición. Si sus Memorias no pueden ser interesantes por los hechos narrados, lo serán por la franqueza que pondrá en escribirlos. Su obra será única, porque usará en ella de una veracidad sin precedentes.

Rousseau tiene sus motivos para acoger con interés el proyecto de unas Memorias. Su imagen ha sido deformada ante el público, y no estará de más que se dé a conocer tal como es.

*Je savais qu'on me peignait dans le public sous des traits si peu semblables aux miens et quelque fois si difformes, que malgré le mal dont je ne voulais rien taire, je ne pouvais que gagner encore à me montrer tel que j'étais. (OE. C., pág. 517.)*

Este es el motivo que alega, quizás el único que conoce, pero existe otro más oculto que se le escapa: el autor de *Narcisse ou l'amant de soi-même* había empezado desde 1755 a redactar fragmentos autobiográficos, parte de los cuales debían aparecer con el título de *Mon Portrait*, y en ellos podemos leer:

*Lecteurs, je pense volontiers à moi-même et je parle comme je pense. (Mon Portrait, 1, OE, C., pág. 1120.)*

Y también:

*Ils prétendent que c'est vanité qu'on parle de soi. He bien, si ce sentiment est en moi pourquoi le cacherois-je? (M. P., 101; OE. C., pág. 1122.)*

Rousseau no se para a pensar que este deleite en contemplarse a sí mismo puede tener consecuencias fatales, y que el mito de Narciso, traducido a una realidad psicológica, representa la aparición del doble, que conduce a la muerte si no a la locura.

En todo caso Rousseau persevera en su empeño, y en el libro XI, que refiere acontecimientos acaecidos en 1761, 62, menciona «sus Memorias» que meditaba, o nos dice que «desde que había tomado la resolución de escribir un día "sus Memorias" había acumulado muchas cartas y papeles». Y en enero de 1762, en un momento en que teme que la muerte le salga al paso antes de haber podido realizar la obra proyectada, escribe cuatro «*Lettres à Malesherbes*, cuyo título completo es: *Lettres à Malesherbes concernant le vrai tableau de mon caractère et les vrais motifs de ma conduite*».—

En 1764 tiene lugar la publicación de *Le sentiment des citoyens*, escrito de Voltaire, que se presenta como anónimo, y en el que se revela que el autor del *Emile* ha abandonado a sus hijos. Este será el estímulo decisivo para que Rousseau emprenda seriamente su labor autobiográfica, al mismo tiempo que hará decantar lo que debían ser unas memorias hacia otra forma de la autobiografía: la Confesión... Ahora, en varias ocasiones Rousseau aludirá a su obra designándola como «mis confesiones».

*Je me suis à ressembler les matériaux qu'on m'avait laissés pour travailler à mes confessions. (Conf., pág. 609, L. XII.)*

O bien:

Dans le temps dont je parle, tout occupé à *mes Confessions*. (Conf., pág. 622, L. XII.)

Por primera vez con mayúscula. Ya ha encontrado el título definitivo que encabezará la obra<sup>2</sup>.

El proyecto de escribir unas memorias venía de lejos, pero su realización se había previsto para un período determinado de la existencia, aquél en que Rousseau, alejado del mundo, entregado a una vida apacible y serena, volvería su mirada hacia el pasado y lo recrearía por la memoria y la imaginación. Sería algo así como una búsqueda del tiempo pasado, por lo tanto perdido, para revivirlo por el recuerdo, y para suprimir su fugacidad fijándolo en la obra literaria, pero sería también una larga mirada introspectiva para conocerse a sí mismo.

Quizás, como Stendhal al empezar el *Brulard*, se formulase la pregunta ¿Quién soy yo?<sup>3</sup>, y quizás, al igual que este autor, pensase que la mejor manera de contestar a ella era averiguar qué había hecho de su vida. Es ésta una curiosidad legítima y frecuente en un hombre en el declinar de su vida, una curiosidad que corresponde a la necesidad de encontrarse una razón de ser o de haber sido, a la necesidad de sentirse como una pieza más de un engranaje universal. Como dice G. Gusdorf en *Conditions et limites de la personnalité*<sup>4</sup>,

*l'homme mûr ou déjà agé, qui projette sa vie sur le plan du récit, entend ainsi témoigner qu'il n'a pas existé en vain.*

Admitamos, pues, como móvil para escribir las memorias la curiosidad ante sí mismo; el deseo de deleitarse reviviendo momentos pasados parece evidente también. En el libro I, Rousseau se dirige al lector diciéndole:

*Je vous fais grace de cinq anecdotes de cet heureux âge, mais j'en veux une, seule, pour vu qu'on me la laisse conter le plus longuement qu'il me sera possible pour prolonger mon plaisir* (Conf., pág. 22, L. I.)

Pero, a esta curiosidad, a este placer de recordar, hay que añadir otro móvil no menos importante: el de legar a la posteridad una imagen de sí «selon (son) coeur», lo cual significa una imagen que corresponda a la elevada opinión que Rousseau tiene de sí mismo.

Rousseau nos habla a menudo en términos elogiosos de su precocidad, de las particularidades de su carácter, sobre todo de su sensibilidad e imaginación, que hacen de él un ser excepcional —punto éste sobre el que insiste mucho—, de su bondad en fin.

---

<sup>2</sup> Estos textos están tomados de unas páginas anteriores a aquellas en que Rousseau hace alusión al libelo insultante, pero Rousseau nos advierte en el mismo libro XII (pág. 622):

*Plus j'avance dans mes écrits, moins j'y puis mettre d'ordre et de suite. L'agitation du reste de ma vie n'a pas laissé aux événements le temps de s'arranger dans ma tête. Ils ont été trop nombreux, trop mêlés, trop désagréables pour pouvoir être narrés sans confusion.*

<sup>3</sup> *Qu'ai-je été, que suis-je?* (Brulard, I, pág. 13). *Je devrais écrire ma vie, je saurais peut-être enfin, quand ce sera fini (...)* ce que j'ai été (Brulard, I, pág. 15). Citado por G. Blin, *Stendhal et les problèmes de la personnalité*.

<sup>4</sup> Gusdorf (G.), *Conditions et limites de l'autobiographie, Festgabe für Fritz Neubert*, Berlin, 1956.

*Mon coeur plein d'amour pour les choses bonnes et honnêtes.* (Conf., pág. 260, L. V.)

*Cette bienveillance innée pour mes semblables, cet amour ardent du grand, du vrai, du beau du juste; cette horreur du mal (...) cet attendrissement, cette vive et douce émotion que je sens à l'aspect de tout ce qui est vertueux, généreux, aimable.* (Conf., pág. 356, L. VIII.)

*Il n'y avait que l'amour du grand, du vrai, du beau qui put animer mon esprit.* (Conf., 513, L. X.)

*Moi qui me suis cru toujours (...) le meilleur des hommes...* (Conf. pág. 517, L. X.)

Después de esto nos parece absolutamente consecuente cuando declara:

*J'avais regret de quitter mes semblables sans qu'ils sentissent tout ce que je valais sans qu'ils sussent combien j'avais mérité d'être aimé d'eux.* (Conf. 496, L. X.)

Así se explica su preocupación por los retratos que de él se hacen. Recordemos sus reacciones: el pastel de La Tour, en el que Rousseau aparece como un hombre afable, abierto, le satisface por completo, en cambio el de Ramsey, en el que vemos a un Rousseau inteligente, profundo, pero pintado con tonos sombríos, le disgusta profundamente. La oscuridad aparece asociada en su mente a maldad, a duplicidad.

Es posible que, de ser pintor, Rousseau hubiese hecho su autorretrato, y quizás, de ser así, se hubiera buscado a través del lienzo, sin conseguir encontrarse. Algo semejante debió de ocurrirle a Rembrandt, del que se conocen hasta 64 autorretratos... Pero Rousseau es escritor y, por lo tanto, nos dará de sí mismo un retrato psicológico y moral. La primera versión será *Mon Portrait*, al que ya hemos aludido. Mas la brevedad de la obra demuestra que no le aporta lo que esperaba de ella. El retrato de un alma no puede ser veraz si es estático, debe ser concebido como una trayectoria, como una historia.

*Pour bien, connaître un caractère il faudrait distinguer l'acquis d'avec la nature, voir comment il s'est formé, quelles occasions l'ont développé, quel enchaînement d'affections secrètes l'a rendu tel, et comment il se modifie pour produire quelque fois les effets les plus contradictoires et les plus inattendus.* (Ebauches des Conf. OE. C., pág. 1149.)

Y esto serán sus memorias, «l'histoire d'une âme» como dirá de manera expresa, la narración de un itinerario que recorrerá los distintos momentos de su vida, y que nos conducirá desde el Rousseau inocente de la infancia al Rousseau en que se convirtió en contacto con la sociedad depravadora, y, por último, al hombre embriagado de virtud (*ivre de vertu*) en el que se ha transformado, gracias a un estudio y una reflexión que han desarrollado en él

*ce premier levain d'héroïsme et de vertu que mon père et ma patrie et Plutarque y avaient mis dans mon enfance*<sup>5</sup>. (Conf., pág. 356, L. VIII.)

---

<sup>5</sup> Hemos de reconocer que ante esta explicación nos quedamos un poco perplejos, porque el estudio es el estudio de las Letras, y su éxito como escritor lo debe precisamente a haber demostrado que el gusto del estudio y de las Letras han producido una degeneración en las costumbres de todos los pueblos de la tierra... Baudelaire tenía razón al deplorar que entre los derechos del Hombre se hubiese olvidado el derecho a contradecirse.

Esta historia de su alma, que Rousseau va a contarnos, seguirá distintos caminos. En una primera fase será una *quête*, una búsqueda de la felicidad, anhelo por excelencia de un hombre del siglo XVIII, que lo espera todo de las luces y que no se proyecta hacia un más allá.

La felicidad la cifrará en un primer tiempo en el éxito —éxito a la sombra de la nobleza, éxito en una embajada (Venecia), éxito como inventor de una nueva anotación musical, etc., luego, inesperadamente, vendrá el éxito literario, que lo compromete más allá de lo que él quisiera. El premio de la Academia de Dijon, al convertirlo en detractor de las Ciencias y las Letras, hace también de él el paladín de la virtud y le obliga moralmente a comportarse de acuerdo con sus principios.

Rousseau se siente transformado por la iluminación que precedió a la redacción de su discurso:

*Je devins un autre homme, toutes mes petites passions furent étouffées par l'enthousiasme de la vérité, de la liberté, de la vertu* (Conf., 351, VIII),

pero al mismo tiempo toma conciencia de su situación:

*dès cet instant je fus perdu...* (Conf., pág. 351, L. VIII.)

En efecto, si es consecuente, no puede ni siquiera seguir siendo escritor, y el público se lo hace notar. Rousseau dice en el prólogo del *Narcisse*:

*Ils prétendent encore que ma conduite est en contradiction avec mes principes...*

Pero los argumentos que da para defenderse ante los demás no pueden convencerle a él, y en lo que se refiere a la coartada magnífica que ha encontrado, al decir que escribirá la historia de su alma —lo cual le permite desentenderse de su pasado, considerándolo únicamente como un tránsito hacia su yo definitivo—, o no se percata de sus posibilidades, o no quiere aceptarlas para sí, de modo que se obstinará en tomar cada uno de los episodios, de los actos de su vida, y manejarlos como las piezas de un puzle, que deben encajar perfectamente, hasta formar el retrato del hombre Rousseau tal como lo ve en su corazón. Y las *Confesiones* serán un intento desesperado por hacer coincidir su conducta pasada con sus convicciones presentes.

El éxito no le ha traído la felicidad esperada, y huyendo de la sociedad de París, en la que se siente un extraño, buscará la felicidad en una vida apacible en el campo, y luego, insensiblemente, en una comunidad reducida a tres personas, fórmula que ya ha conocido anteriormente, pero de la que quiere dar una versión más perfecta.

Detengámonos un momento en esta situación triangular que se repite a lo largo de toda la vida de Rousseau.

— Primero lo encontramos en su infancia. Rousseau ha perdido a su madre al nacer. Su padre lo adora porque ve en él a la esposa perdida, pero en el fondo de su afecto es fácil adivinar un reproche inconfesado, en todo caso, el niño Jean-Jacques se siente unido al elemento femenino del trío por un sentimiento de culpabilidad.

— La vida le brinda la ocasión de conocer otro triángulo: el compuesto por Mme. de Warens, su catequista y protectora; Anet, el hombre de confianza y amante de ésta, y el mismo. En este caso, el elemento femenino es una mujer de

carne y hueso, a la que se siente unido por un amor filial y a quien llama *Maman*; en cuanto a Claude Anet, al que respeta y del que acepta reproches, no cabe duda de que representa para él la figura del padre. Llegará un día en que Mme. de Warens, siempre atenta a su formación, creará necesario ponerlo a salvo del peligro que suponen para él sus jóvenes discípulas —o mejor, las madres de sus discípulas...— y decidirá, como nos dice Rousseau, «tratarlo como un hombre», «puesto que no era justo que otra mujer se encargase de la instrucción de su alumno». Y este amor lo vivirá Rousseau como un incesto, del que huirá inconscientemente una y otra vez. Aquí también mujer amada asociada a culpabilidad.

— El tercer triángulo lo conocerá por la imaginación. A los cuarenta y cinco años, recluso en el Ermitage en compañía de Teresa, nos confiesa que junto a ella no ha podido conocer el verdadero amor, como no lo conoció tampoco junto a Mme. de Warens<sup>6</sup>, y añade:

*Dévoré du besoin d'aimer sans jamais l'avoir pu bien satisfaire, je me voyais atteindre aux portes de la vieillesse et mourir sans avoir vécu. (...) Il me semblait que la destinée me devait quelque chose qu'elle ne m'avait pas donnée.* (Conf., página 426, L. IX.)

Entonces, considerándose demasiado viejo para inspirar amor, y no queriendo hacer sufrir a Thérèse ni exponerse a escenas domésticas, decide vivir con la imaginación un amor según su ideal, y crea un trío —Julie - Saint-Preux - Wolmar— que cristalizará en la *Nouvelle Héloïse* y que le permitirá gozar mentalmente —puesto que Rousseau se identifica con Saint-Preux— de esta sociedad íntima, símbolo para él de felicidad, en la que reina la amistad más tierna junto al amor más puro.

— Habrá un cuarto triángulo, simultáneo casi al tercero: el encuentro con Mme. d'Houdetot le hará cristalizar en ella el amor de que era objeto la imaginaria Julie: *Pour cette fois ce fut l'amour* (Conf., 439, IX) y parece revelador lo que nos dice del atractivo suplementario que encontraba en Mme. d'Houdetot:

*Ses liaisons avec Mr. de Saint-Lambert, avec qui je commençais d'en avoir, me la rendirent encore plus intéressante.* (Conf., 432, IX.)

La situación a la que lleva esta circunstancia no deja de ser sorprendente:

*Nous étions ivres d'amour l'un et l'autre, elle pour son amant, moi pour elle* (Conf., 443, IX),

pero ofrece una ventaja que no tiene precio: la de permitir conciliar, esta vez en la realidad, amistad y amor platónico.

Subsiste el recuerdo de la relación vivida con Mme. de Warens, y la repulsión que le inspira. No, ésta no es la forma de amor que anhela:

*Ainsi donc, la femme que j'estime le plus aurait l'infamie de partager son coeur et sa personne entre deux amants et moi celle d'être un de ces deux lâches?* (Conf., 452, IX.)

Sus deseos son otros:

*Je trouvais aussi doux d'être le confident que l'objet de ses amours,*

<sup>6</sup> *Je n'ai senti jamais la moindre étincelle d'amour pour elle, et je n'ai pas plus désiré de la posséder que Mme. de Warens.* (Conf., 414, L. IX.)

nos dirá, y aún:

*Je l'aimais trop pour vouloir la posséder.* (Conf., 444, IX.)

Parece como si existiera en él una repulsión hacia la vertiente física del amor, que asocia a una forma de relación que en su mente fue incestuosa —y para la que basta, en definitiva, una mujer como Thérèse—, y esto le hiciera considerar como ideal la situación susceptible de dispensarle de ella.

Esta forma de felicidad le será también negada, y tendrá que contentarse con el marco paradisiaco que había imaginado para ella, este paisaje en el que nunca falta un lago, remanso apacible, propicio a las ensoñaciones, símbolo del seno materno.

Rousseau dirá en el prólogo definitivo de sus *Confesiones* (Conf., pág. 5, L. I):

*Je me suis montré tel que je fus: méprisable et vil quand je l'ai été, bon, généreux, sublime quand je l'ai été.*

Nos hemos acercado al Rousseau bueno, generoso y sublime, intentemos ahora ver el otro perfil: el vil y despreciable.

Ha prometido no silenciar nada y así lo hace, y desgrana cuenta por cuenta el rosario de sus faltas. Nos habla de sus hurtos sucesivos, de sus actos de exhibicionismo, del descuido en que dejó a Mme. de Warens, cuando la encontró al final de su vida envilecida y arruinada, del abandono sucesivo de sus cinco hijos..., pero su manera de darnos a conocer cada hecho concreto nos deja un tanto perplejos.

Sus actividades exhibicionistas no parecen despertar en él ningún sentimiento de culpabilidad, y nos las cuenta más bien como una anécdota jocosa. En cuanto a las demás faltas, todas van acompañadas de la disculpa correspondiente:

- los hurtos sucesivos deben imputarse a la estructura de la sociedad, o la existencia de «lo tuyo» y «lo mío»;
- el abandono de Mme. de Warens, que parece pesarle, se justifica porque todo lo que hubiera podido hacer por ella hubiera sido perfectamente inútil;
- el hecho de haber depositado a sus cinco hijos en un orfanato, empieza por contarlo como de pasada, ignorando voluntariamente la importancia que tiene, luego busca también un culpable.

Aquí estamos lejos de la confesión cristiana, origen del género, y nos acercamos a la confesión de nuestros primeros padres: sus compañeros de tertulia, con sus consejos actuaron como serpiente tentadora. Y las frases con que narra los hechos parecen un eco de las bromas «grivoises» o «gaulloises» que debieron suscitarse:

*Tandis que j'engraissais à Chanonceaux, ma pauvre Thérèse engraissait à Paris d'une autre manière et quand j'y revins, je trouvai l'ouvrage que j'avais mis sur le métier plus avancé que je ne l'avais cru.* (Conf., págs. 342-3, L. VII.)

No es precisamente el lenguaje de un moralista arrepentido... Pero, un hecho sintomático: esta explicación no le satisface, la prueba es que vuelve a ella una y otra vez. Denuncia la falta y busca también un culpable, pero el culpable no es siempre el mismo. Si primero fueron las malas compañías, luego fue la imposibilidad de educar a sus hijos. ¿Cómo iba a confiarlos a su madre, esta mujer inculta que había elegido no diré como compañera de su vida o de su alcoba, sino como enfermera, como «gobernanta», como la llama con un mote significativo, una especie

de *bonne-à tout faire*, con la connotación maliciosa que se da a veces a esta palabra. Los hijos de una mujer amada se desean o se aceptan, los de una *gouvernante* despiertan más difícilmente el instinto paternal. A esta mujer, a la que no había conseguido siquiera enseñar a leer el reloj, no podía confiarle la educación de sus hijos, pero ¿acaso las mujeres incultas no reciben de la naturaleza el derecho a la maternidad? Ni por un momento tiene en cuenta la repulsión de Teresa ante la decisión tomada y la resistencia que opuso a ejecutarla.

Otra excusa que alega es el deseo de preservar el honor de Teresa... El argumento no merece comentarios.

Pero tampoco estos pretextos parecen bastarle, y añade uno más: el del mal ejemplo que iban a recibir sus hijos de los familiares de Teresa. No parece pensar que el futuro autor del *Emile*, obra que llevaba meditando desde hacía diez años podría suplir con creces las deficiencias de una madre que, por otra parte, aventajaría en ternura y solicitud a las nodrizas, también incultas, que habían criado a tantos hijos de nobles.

En su afán de justificar su comportamiento, llega incluso a decir que era ésta la mejor suerte que podían correr sus hijos, que serían así campesinos o artesanos. Queriendo ignorar que la mayoría de los niños confiados a *les Enfants Trouvés* no sobrevivían a la primera infancia.

Las versiones se suceden unas a otras, y pensamos en los asesinos protagonistas de *La Pitié de Dieu* de Jean Cau, que reunidos en la misma celda van dando versiones distintas del acto que los convirtió en homicidas.

Todos los esfuerzos que hace Rousseau para eximirse de su responsabilidad resultan vanos, y, a falta de poder hacer cargar a otro con su culpa, la imputa a *la razón* que actúa como un «alter ego» que opone a su corazón con el que el sensible J.-Jacques se identifica... «Si hizo mal fue por error, se dejó llevar por la razón». Podríamos hacerle la misma objeción que hizo él a Mme. d'Houdetot:

*Comme si l'amour véritable laissait assez de raison pour suivre des délibérations.*  
(Conf., pág. 441, L. IX.)

La única excusa que no alega Rousseau es la que está más cerca de su realidad: que su negación a asumir la paternidad le dejó la disponibilidad necesaria para reflexionar sobre la manera de educar a los hijos, y le permitió, en definitiva, escribir el *Emile*...

En el libro I de las *Confesiones* leemos que el estado en que más feliz hubiera sido es el de oscuro artesano, y que, de haber podido seguir este camino, hubiera sido *bon chrétien, bon citoyen, bon père de famille, bon ami, bon ouvrier, bon homme en toute chose* (Conf., pág. 43, L. I). Y pensamos en Diderot que en *Le Neveu de Rameau*, al plantear la controversia sobre los hombres de genio, pregunta, refiriéndose a Racine, si hubiera sido preferible que fuese «buen marido, buen padre, buen tío, buen vecino, buen comerciante, pero nada más, o que hubiera sido bribón, traidor, ambicioso, envidioso y malo, pero autor de *Andromaque, Britannicus, Iphigénie* y *Phèdre*»<sup>7</sup>...

Y llegamos a la cuarta falta, aquélla a la que Rousseau da mayor importancia: la del robo de la cinta, que califica de crimen, y que, según él lo ha atormentado durante toda la vida. El hurto en sí, dado el valor del objeto —se trataba de una cinta usada— no tiene mayor importancia, pero las consecuencias pudieron ser graves para la pobre Marión a quien acusó en su lugar, y esto es lo que le pesa.

Por una vez, la explicación de los hechos que da Rousseau —que se muestra

<sup>7</sup> Diderot, *Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, 401.



con frecuencia buen psicólogo— es absolutamente convincente y hubiera debido tranquilizar su conciencia. Si se apoderó de la cinta con la idea de dársela a Marión, es evidente que al verse acusado, operó una transferencia de culpabilidad, y acusó del robo a la que había sido únicamente el móvil inocente de él.

¿Por qué dar a esta falta tal importancia, cuando minimiza otras mucho más graves? No podemos por menos de pensar que quizás este moralista carece de conciencia, de sentido moral incluso, y que sólo ve su culpa en la condenación de los demás. Por esto juzga severamente una falta por la que se vio él mismo juzgado ante toda una asamblea: los miembros de la familia y la servidumbre de la casa en que trabajaba como criado.

Y quizás pudiéramos ir más lejos: esta necesidad de saberse acusado para tomar conciencia de la propia falta puede ser una huella de la educación que recibió de Mme. de Warens, que, según nos cuenta Rousseau, consideraba que la infidelidad conyugal sólo se convertía en falta si era conocida...

Así, pues, *las Confesiones* están muy lejos de las *Confesiones* tal como fueron concebidas por San Agustín. Aquí no encontramos la doble acepción de la palabra —«reconocimiento de la gloria de Dios» y «confesión de los pecados seguida de contrición»— ni tampoco encontramos el fin perseguido: la ejemplaridad. Rousseau no ha retenido este aspecto del género. Ya hemos indicado lo que tienen sus confesiones de apología, en algunas ocasiones, las menos, reconoció sus pecados para liberarse de un peso; en otras, incitado por una conciencia exterior en la mayoría de los casos porque creía que con declarar una mala acción bastaba para que le fuese perdonada por los demás, pero, en el fondo de todo ello hay una necesidad imperativa de hacer confidencias, que va asociada en él a la noción de amistad.

Philippe Lejeune, en *L'Autobiographie en France*, escribe que «el pacto autobiográfico» vincula un individuo a la masa enorme de su público, en un intercambio en el que el narcisismo y el exhibicionismo desempeñan un papel importante. En el caso de Rousseau no hay lugar a dudas: en su manera de presentarnos sus faltas es inevitable ver un deseo de exhibir sus lacras morales. Nos preguntamos si no sería posible aplicar al aspecto exhibicionista de *Las Confesiones* la misma explicación que da Jean-Jacques para sus actividades exhibicionistas: el deseo de provocar un castigo, que en este caso supliría el remordimiento y serviría para obtener el perdón, proporcionándole al mismo tiempo el placer masoquista que asocia al amor. Estas confesiones que dirige a todo el género humano estarían, pues, motivadas por la inmensa necesidad de amor y de amistad que aparece como una constante de su carácter.

Hemos visto ya que Rousseau no ha retenido, en la manera de proceder a la enumeración de sus faltas, la lección dada por San Agustín, pero la imitación de su predecesor no se limita únicamente al título. El prólogo apocalíptico en que Rousseau se propone presentarle a Dios su libro ante todos sus semejantes, nos hace pensar en el pasaje de San Agustín:

*Quiero confesarme, no solamente en vuestra presencia (...) sino ante los hijos de los hombres que comparten mis creencias.*

Esto no es todo. Los distintos autores de *Confesiones* han respetado un rasgo de San Agustín que debía parecerles propio del género: la presentación de su vida como itinerario hacia Dios. Las confesiones así concebidas son la historia de una conversión. En este sentido *Las Confesiones* de Rousseau están en regla con el género al que por su título pertenecen, puesto que muestran un itinerario desde la

inocencia perdida hasta la virtud conquistada y, en cierta forma, hasta un sucedáneo del encuentro con Dios:

*Il ne me restait pour dernière esperance, que celle de vivre sans gêne, dans un loisir éternel. C'est la vie des bienheureux dans l'autre monde, et j'en faisais désormais mon bonheur suprême dans celui-ci.* (Conf., pág. 640, L. XII.)

San Agustín no se juzga: sólo Dios puede juzgarlo. Rousseau expondrá también sus faltas ante los hombres en presencia de Dios, pero son los hombres quienes deben juzgarlo, y advierte que él ha emitido ya su veredicto: inocente.

Rousseau había dicho de Mme. de Warens después de la muerte de ésta:

*Qu'on mette le bien et le mal dans une balance et Qu'on soit équitable. Quelle autre femme si sa vie secrète étai manifestée ainsi que la votre s'osérait comparer à vous?* (Conf., pág. 262, L. VI.)

Ahora pretenderá ser juzgado por los hombres de la misma manera:

*Que chacun d'eux découvre à son tour son coeur aux pieds de son trône avec la même sincérité; et puis qu'un seul te dise, s'il l'ose: je fus meilleur que cet homme-là.* (Conf., pág. 5, L. I.)

ANA MARÍA HOLZBACHER  
Universidad de Madrid